

DISCURSO DEL PREMIO NOBEL

WILLIAM FAULKNER

Estocolmo — 10 de diciembre de 1950 — Traducción de Agustín Bartra

Considero que este premio no ha sido otorgado a mi persona, sino a mi obra, a una vida de trabajo transcurrida entre la agonía y el sudor del espíritu humano, una vida no deseosa de gloria y mucho menos de provecho, sino consagrada a extraer de los materiales del espíritu humano algo que no existía antes. Así, pues, yo soy únicamente el depositario de este premio. No será difícil hallar dedicación al dinero del premio que responda al propósito y significación de su origen. Pero me gustaría también poder hacer lo mismo con la aclamación, utilizarla como una plataforma desde donde yo pudiese ser escuchado por los hombres y mujeres jóvenes que se han entregado ya a las mismas angustias y afanes y entre los cuales se encuentra aquél, que un día ocupará el lugar que yo ocupo ahora aquí.

La tragedia de nuestro tiempo consiste en un general y universal miedo físico durante tan largo tiempo sufrido que ya no podemos soportarlo. Ya no existen problemas del espíritu. La pregunta es ésta: "¿Cuándo volaré hecho pedazos?" Debido a ello, el hombre o mujer jóvenes que se dedican a escribir han olvidado los problemas del corazón humano en conflicto abierto con él mismo, que es lo único que pueden enseñar a escribir bien, porque sienten que sólo vale la pena escribir sobre la agonía y el sudor.

El escritor joven debe aprenderlos de nuevo. Debe aprender que la más vil de todas las cosas consiste en tener miedo, y una vez sabido eso, olvidarlo para siempre, dejando únicamente sitio para las eternas verdades del corazón, las antiguas verdades universales sin las cuales cualquier historia es efímera, está sentenciada a morir: amor y honor, piedad y orgullo, compasión y sacrificio. Mientras hace esto trabaja abrumado por el peso de una maldición. No escribe sobre el amor, sino sobre el deseo, sobre derrotas en las que nadie pierde nada de valor, sobre victorias sin esperanza y, lo que es peor, sin piedad o compasión. Sus pesares no trascienden humanidad, no dejan cicatrices. No escribe acerca del corazón, sino acerca de las glándulas.

Mientras vuelve a aprender estas cosas, escribirá como si fuese un testigo del fin del hombre. Pero yo me niego a aceptar el fin del hombre. Es fácil decir que el hombre es inmortal simplemente porque resistirá; que cuando la campanada postrera haya sonado, y su eco se haya perdido, en la última roca inútil y enhiesta junto a un mar inmóvil, en la roja agonía del último atardecer, aun entonces se escuchará otro sonido: el de su débil e inagotable voz hablando todavía.

Me niego a aceptar esto. Creo que el hombre no se limitará a resistir, sino que prevalecerá. El hombre es inmortal, no porque entre todas las criaturas sea la única que tiene una voz inagotable, sino porque posee un alma y un espíritu capaces de compasión y sacrificio y aguante.

El deber del poeta y del escritor estriba en escribir acerca de estas cosas. Goza del privilegio de ayudar al hombre, levantándole su corazón, recordándole que el valor y el honor, la esperanza y el orgullo, la compasión y la piedad y el sacrificio han sido la gloria de su pasado. La voz del poeta no necesita ser meramente una crónica del hombre: puede ser uno de sus puntales, una de las columnas que lo ayuden a resistir y a prevalecer.